

## RATAS DE BIBLIOTECA

Natalia Llopis estudiaba cuarto de filología hispánica y trabajaba en la biblioteca de la Universidad desde el primer curso. No era un trabajo bien remunerado, pero le permitía ir afrontando el coste de los estudios y mantenerse con una relativa tranquilidad. No había nadie mejor para desarrollar aquel cargo. Su padre era el bibliotecario jefe de la diputación de Girona y su madre había sido la bibliotecaria de Figueres. El amor entre sus dos progenitores había crecido, se había desarrollado y se había consumado entre libros, fichas bibliográficas y complicados procesos informáticos que iban cambiando a medida que la tecnología les complicaba un poco más la vida y les dejaba menos tiempo para leer.

Los padres de Natàlia se vieron por primera vez en la visita de inspección que hacía el jefe de la red de bibliotecas de Girona. Era en 1979 y le sorprendió encontrar una mujer tan agradable, joven y bonita en la biblioteca de Figueres y que ninguno de sus compañeros le hubiese dicho nada antes. No es que no hubiera otras bibliotecarias bellas en su zona, pero aquella joven tenía la piel blanca y los cabellos rojos y rizados y se movía entre las estanterías en una comunión total, como si fuese una nadadora en una piscina. Tenía unos movimientos extraordinariamente suaves que con los cabellos rojos y la palidez de la piel heredó la hija. Que los dos se enamorasen fue una simple cuestión de tiempo porque ella también encontró cualidades muy notables en aquel nuevo jefe que les habían puesto. Coincidían en el gusto por muchos autores, pero para ambos *El corazón es un cazador solitario*, de Carson Mc Cullers, era su libro preferido, y eso les unió aún más.

Y además, aquel era un jefe de bibliotecas que no tenía nada que ver con el antiguo régimen franquista. Hasta ahora ella había conocido a dos. El primero era Ricard Cèrvol, un hombre sometido a los designios de Franco hasta el punto que se había hecho historiador y escribía historias de España como mínimo surrealistas, y siempre desde el punto de vista de los ganadores de la Guerra Civil. Nunca le había visto el pelo, porque el cargo que ocupó entre 1972 y 1974 fue totalmente nominativo, sin ninguna presencia en la zona. Cobraba un sueldo por dirigir la red de bibliotecas de Girona, pero jamás le vieron poner un pie en la ciudad. El otro era Miquel Mas, un funcionario gris y aburrido de su pueblo que el 20 de noviembre de 1975 entró en una depresión profunda al ver que ninguno de sus subordinados quiso colgar una bandera a media asta en señal de duelo en las fachadas de las bibliotecas. Algunos incluso

descolgaron el retrato de Franco que presidía sus salas, como Joan Torró, jefe de biblioteca de Cadaqués, que se lo llevó al huerto y lo usó para hacer las prácticas de tiro con la carabina de perdigones. Dicen que aquel año hizo una temporada excepcional de perdices y jabalíes, que nunca había acertado tanto. Se ve que el hombre le había sacado provecho a las prácticas.

Una noche que la visita se alargó más de la cuenta él le propuso a ella que fuesen a cenar y lo hicieron en un pequeño restaurante que había delante de lo que ahora es el museo Dalí. Fue una velada muy agradable que acabó con los dos haciendo el amor sobre la mesa de la biblioteca con una pila de libros que les miraban y disfrutaban e incluso les envidiaban porque pensaban que un amor como aquel debería estar atrapado para siempre en sus páginas. La relación se fue consolidando y ambos mantuvieron la pasión con la biblioteca y la cama como espacios ideales para sus encuentros. Un buen día la bibliotecaria de Figueres se quedó embarazada y rápidamente se casaron. Ella pidió un cambio de plaza y le dieron trabajo en una biblioteca de barrio de Girona, justo al lado de la casa del jefe de la red, que ahora era la casa de ambos y de la nueva criatura que tenía que nacer, Natàlia Llopis.

Natàlia, que vio la luz una fría mañana gerundense de febrero de 1982, manifestó su pasión por los libros y las bibliotecas desde el primer momento. Y si de su madre heredó la suavidad de movimientos para deslizarse entre los pasillos, de su padre obtuvo una capacidad extraordinaria para descifrar las claves y los códigos que identificaban cada uno de los libros y su posición en una biblioteca. De forma natural aprendió codificaciones antiguas y modernas, las angloamericanas y las europeas y cuando iba a cualquier biblioteca del mundo era capaz de guiarse sin pérdida alguna por pasillos y paraísos.

Natàlia Llopis fue hija única, y como el matrimonio tenía posibles, cuando tenían vacaciones solían viajar. Básicamente iban a otros países europeos, con una especial predilección por Francia, que los tres conocían muy bien y que estaba muy cerca de casa. También habían llegado hasta Escandinavia una vez, pero Francia era su país preferido. Siempre que llegaban a una ciudad se dedicaban a visitar las bibliotecas y su organización para intentar aprender algo nuevo y poder aplicarla a la red. Así, vieron muchas en el sur de Francia y aprendieron la importancia de la luz natural; en las del Norte de Europa observaron cómo funcionaban los servicios complementarios y las áreas de descanso, mientras que en París disfrutaron con la distribución de los libros de

ensayo. El viaje que más marcó a aquella joven fue el que hicieron a Nueva York, donde visitaron la librería pública durante cuatro días consecutivos.

Fue en esta biblioteca donde conoció a Petros Dexter, un joven de madre griega y padre norteamericano que había huido de casa, en un pequeño pueblo de Montana, a los dieciocho años. Hacía dos que vivía en la biblioteca y se dedicaba a leer y escribir. Petros Dexter descubrió la biblioteca al segundo mes de estar en Nueva York, justo cuando se le estaba acabando el poco dinero que había conseguido ahorrar y que no había gastado en la innumerable combinación de autobuses y trenes que había tenido que coger para llegar desde casa a la gran ciudad. Iba por la mañana, muy temprano, y se pasaba todo el día entre aquellas cuatro paredes escribiendo en su ordenador portátil o leyendo en las diferentes salas. Poco a poco se había ido ganando la confianza de los empleados con su educación exquisita y su cultura, fruto de miles y miles de páginas leídas. Siempre había preferido leer y ver películas de los años cuarenta en DVD que no ir a cazar logos, que era una de las ocupaciones preferidas de los jóvenes de su pueblo. En lo que sí coincidía con los otros jóvenes de su edad era en los rodeos y en el cine al aire libre.

Al principio sus padres estaban un poco preocupados porque creían que su hijo les había salido homosexual, cosa incomprensible en un pueblecito agrario de la América rural, pero cuando un día le atraparon en un pajar con la hija de los vecinos pensaron que la cosa iba bien y se limitaron a, de tanto en cuanto, dejar preservativos a la vista, de aquellos que repartían los programas itinerantes de educación sexual, y a aumentarle un poco la paga semanal. Como en su pequeño pueblo de Montana hacía un notable el joven Petros había encontrado en los libros y en el pajar dos ocupaciones satisfactorias. Después de ir guardando durante dos años todos los dólares extra de la paga y de haber hecho algunos pequeños trabajos, se encontraba en disposición de ir a ver mundo.

También influyó el hecho que en los últimos meses Sally, la hija de los vecinos, había visitado como mínimo tres pajares más y en alguno de ellos no había llegado el presupuesto para preservativos. Todo aconsejaba una salida digna antes de ir golpeando con los cuernos por todas las puertas de su pequeño pueblo de Montana. A él le pareció fantástico, de hecho Sally no había sido nada más que puro sexo, porque ella sólo sabía hablar de cosas que a él no le interesaban lo más mínimo, y era semianalfabeta, sólo sabía leer, y aún con muchas dificultades, las instrucciones de los alimentos, los manuales de mecánica de tractores y un libro sobre cangrejos de ruido que le habían

regalado cuando tenía siete años y que se había convertido en su libro de cabecera y casi único.

En sus paseos por la biblioteca, Petros Dexter había descubierto pasadizos por los que no transitaba nunca nadie, salas abandonadas hacía mucho tiempo y pequeñas habitaciones que en su tiempo habían tenido sus funciones, pero que desde la entrada de los sistemas informáticos habían quedado en desuso.

El día que creía que se le había acabado el dinero definitivamente fue al banco y vio que le habían hecho un ingreso de la revista *Esquire*. Aquello quería decir que finalmente había conseguido publicar alguno de sus cuentos. Fue hasta el quiosco y descubrió con fruición que en la revista no sólo habían publicado el cuento sino que salía bien destacado, en las primeras páginas. Con los trescientos dólares que le habían pagado cogió todas las cosas del apartamento, pasó por su apartado de correos, leyó la correspondencia y fue hasta la estación de trenes más cercana a la biblioteca. Allí alquiló una taquilla en la que meter las bolsas y la ropa. En la mochila sólo dejó un pijama y un libro, una primera edición de *In Our Time* de Hemingway, que en su momento ya cobraba más que él por sus relatos, el mejor regalo que jamás le habían hecho y que le podía hacer rico. Pero hay cosas que nadie quiere vender. Se dirigió hasta la biblioteca feliz y contento, cogió un libro de Dostoyevsky y se puso a leer.

Aquel fue el primer día que Petros Dexter durmió en una de las viejas salas abandonadas de la biblioteca. Había descubierto una vieja cama y un par de mantas y no tenía miedo. Su nueva habitación había sido desratizada y desinsectizada hacía años y no había que temer por la aparición de criaturas malignas y molestas. Tampoco es que le importase demasiado. Cuando Petros vivía en su pequeño pueblo de Montana había visto correr por los campos ratas que parecían conejos. Claro que eran ratas de campo, que siempre son menos asquerosas que las de las alcantarillas de Nueva York, donde decían que incluso vivían ciegos cocodrilos albinos comiéndose indigentes despistados. Durmió como un rey. También había descubierto unos antiguos pasadizos que conducían directamente al exterior del edificio. Petros utilizaba aquella puerta cada mañana para salir de su nueva casa. Iba a la cafetería de delante y hacía durar casi dos horas la ingesta de un café y un croissant y la lectura de un periódico. Después recogía la correspondencia de su apartado postal y cada dos días pasaba por la estación, se duchaba en los baños públicos y se cambiaba de ropa. El fin de semana también pasaba dos horas en una lavandería y se llevaba la ropa seca hasta su bolsa de la estación.

Con algo de observación se dio cuenta que su táctica de la taquilla era utilizada por otra gente que hacía exactamente lo mismo que él. Pero muchos de los usuarios eran viajantes de comercio que no querían ir cargados con los equipajes y los dejaban bien custodiados. A pesar de ello, los controles cada vez eran más severos y tenía que ir con cuidado y no dejar objetos metálicos en la ropa porque levantaban las sospechas de los guaridas, que no se habrían creído que vivía en una biblioteca cuando le hubiesen preguntado la dirección. También se tenía que ir con cuidado en las duchas. Allí le habían hecho las proposiciones más indirectas e incluso las más directas, y aunque a Petros no le gustaba tener que aplicar la violencia en una ocasión no le quedó más remedio y un viejo que se le había acercado con la herramienta enhiesta y se le había refregado mientras se duchaba comprobó por qué le llamaban Puños de Toro y por qué había sido el campeón de boxeo en el instituto. El hombre estuvo más de cinco horas tirado en el suelo y al despertar tenía el miembro arrugado, vencido.

Después de estos trabajos domésticos iba hasta la biblioteca, entraba por la puerta, saludaba a los bibliotecarios de guardia y se dedicaba a leer y escribir. Lo hacía con método, pero a veces, cuando una historia se le desbordaba se podía pasar horas y horas escribiendo. Después se retiraba a su habitación y cenaba, casi siempre de latas de conserva que había comprado aquí o allí en sus excursiones, de vegetales y de fruta. Petros tenía un problema y es que los productos del campo que se encontraban en Nueva York para él no sabían a nada, ya que estaba acostumbrado a paladear las excelencias de los alimentos del campo americano. Una vez a la semana utilizaba la salida a la calle de su edificio para ir a cenar a un restaurante chino que había en la esquina.

Petros adoraba aquel tipo de cocina. No había comido nunca hasta que llegó a Nueva York, y de todos los tipos de comida exótica que había probado aquel era el que más le fascinaba. Allí se daba el gran hartazgo y después paseaba por la noche de Nueva York, sin alejarse demasiado de aquellas calles que conocía bien. Petros no utilizaba aquella salida más habitualmente porque el camino de retorno era duro. El pasadizo hacía una bajada muy pronunciada que se tenía que remontar y el joven escritor pensó que se trataba de una antigua salida de aguas o de un túnel de abastecimiento del edificio. Por la mañana todo era mucho más fácil, volvía por la puerta normal,

Poco a poco iba haciéndose un nombre como cuentista e iba publicando con una cierta regularidad en diferentes revistas y publicaciones. A parte del apartado de correos, abrió una cuenta de correo electrónico que le permitió extender su red de

clientes. Ahora ya no pasaba ni una semana sin publicar un cuento, a veces publicaba hasta dos o tres, que le iban garantizando unos buenos ingresos. Petros nunca había puesto precio a sus colaboraciones ni nunca tuvo un contrato fijo con ninguna de las publicaciones en las que mostraba sus creaciones. Lo único que quería era que le enviaran a su apartado de correos un ejemplar de la publicación en la que aparecía el cuento y el cheque con el dinero. Y así llegó a tener ejemplares de la *Arkansas Review*, del *Oklahoma Daily Star*, de la revista gai-lésbica *San Francisco Nighths*, de la *Dakota Cóllege News*, de *Newsweek*, *Playboy*, *Penthouse*, *Esquire*, *Washington Post* y *New York Times*, que se habían convertido en sus principales clientes, aunque había publicaciones de todo el mundo que le reclamaban. Lo que nadie había podido hacer todavía era identificar aquel Petros Dexter con el joven que vivía en la biblioteca. Los empleados de allí observaban divertidos que los apellidos coincidían y él incluso incrementaba la leyenda cuando hablaba con los bibliotecarios.

-Has visto, John, en el *New York Times* publica cuentos un tío que se llama como yo.

-Sí, y es bastante bueno.

-Seguro que debe ganar una pasta.

-Tranquilo, chaval, a ti también te llegará el turno.

Petros se iba muy satisfecho cada vez que tenía una charla de este tipo porque iba cerrando todavía más la coraza de su identidad. En la gran mayoría de sus cuentos Petros hablaba de él, de su vida en la biblioteca, o de escritores y de libros. Eran unos cuentos llenos de metaliteratura donde era complicado distinguir entre la realidad y la ficción. Para el público estaba claro que aquellas aventuras no podían ser reales, que nadie podía vivir en una biblioteca y convertirse en un autor de éxito que busca el anonimato. Pero él sabía que buena parte de aquellos cuentos eran verdad, eran su autobiografía. El primero que publicó en *Esquire* hablaba sobre un escritor que se inventaba la vida de un tipo de madre griega y padre norteamericano que vivía en la biblioteca pública de Nueva York, únicamente dedicado a leer y escribir.

El único que estaba al corriente de su identidad y de su residencia en la biblioteca era el señor Hernández, un hombrecillo de sesenta y dos años mexicano y pequeño que era el encargado de mantenimiento del edificio. Siempre trabajaba de noche, cuando los usuarios ya se habían ido. Y era lógico que al cabo del tiempo acabase dándose cuenta de su presencia. Pero el señor Hernández era un tipo legal y acabaron por hacerse amigos y compartiendo algunas botellas de tequila y de mezcal que compraban o el uno o el otro y hablando sobre literatura. El señor Hernández

también tenía una gran cultura, porque a veces, en la soledad de la noche de la biblioteca, se ponía a leer y a leer y se le pasaban las horas y el tiempo y aquellas guardias nocturnas de mantenimiento eran más entretenidas. Y claro, hacía treinta años que trabajaba en aquel edificio, y treinta años de noches largas y solitarias daban para muchas lecturas. El señor Hernández fue quien le descubrió a Petros los Cortázar, Bio Casares, Monterroso, Borges, Sabato, Fuentes, Piglia y Bolaño, que estaban entre sus autores predilectos. En compensación, el joven le descubrió a Márkaris, Mankell, Rain, Mc Ewan, Barnes, Mc Cullers, Moore y Shouterland, en una mezcla heterogénea en la que abundaban los autores de novela negra, uno de los géneros que más le fascinaban si es que todavía es lícito hablar de géneros en la literatura. Y teniendo en común la literatura y la lectura, la amistad entre los dos hombres se hizo fuerte, indisoluble.

El día que Petros Dexter vio a Natàlia Llopis se enamoró enseguida. No había visto a nadie moverse con aquella elegancia, con aquellos movimientos tan perfectos entre los pasadizos de una biblioteca. La fue siguiendo por todo el recinto y en el punto más cercano a su guarida aprovechó para chocar con ella con la excusa que iba cargado de libros. La chica se torció un tobillo y lo tenía ligeramente hinchado. El joven escritor la hizo sentarse en una butaca que estaba cerca y le pidió que le dejase el pie. Ella se quitó la sandalia y el joven empezó a hacerle un masaje en el tobillo, con los dedos temblorosos al principio, después con más fuerza. Podía sentir el aroma de su cuerpo a la perfección, de aquella piel joven, y cuando ella sonrió por un chiste malo que él había hecho se sintió el hombre más feliz del mundo.

-Mira que eres divertido, Petros.

-No mujer, son chistes muy viejos y muy malos.

-Ya, pero los cuentas con gracia. ¿Tú en qué barrio vives de la ciudad?

-Yo vivo aquí mismo, en la biblioteca.

-No puede ser, es imposible.

-¿No te lo crees? ¿Quieres ver mi casa?

Entonces Petros hizo de memoria el camino hacia su casa y pensó que era una suerte que fuese sábado, porque los sábados por la mañana, antes de salir a hacer todos sus recados, era el día que dedicaba a poner orden su habitación, y pensó que a veces hay casualidades que se producen justo en el momento preciso. Entraron en la pieza por un pasadizo secreto y una vez allí Petros le enseñó todo su mundo.

-¿Ves como sí que se puede vivir en una biblioteca?

-Entonces, ¿tú eres Petros Dexter, el cuentista?

-Sí, soy yo.

Natàlia se le acercó llorando, en silencio. Petros se quedó sin saber qué hacer, pero también la abrazó y sintió como si todas sus defensas, la coraza que había ido forjando en los últimos años, cayesen al suelo, y lo quiso saber todo de aquella chica que lloraba abrazada a él. No la forzó, dejó que ella se expresara, y entonces Natàlia Llopis le explicó como un día, en una biblioteca de París, había encontrado un número de *Esquire*, el número en el que él había publicado su primer relato, y había quedado fascinada por su lectura. Tanto que robó aquel ejemplar de la biblioteca. Natàlia conocía los puntos débiles de los mecanismos de seguridad, dónde se colocaban los códigos de barras, las protecciones. Le supo mal dejar a muchos lectores sin la posibilidad de descubrir a aquel Petros Dexter, pero era una necesidad. Nunca ningún escritor la había fascinado tanto como aquel hombre, en quien intuía una sensibilidad extraordinaria. Entró en internet y puso su nombre en los principales buscadores, pero sólo aparecía aquel cuento, nada más, ninguna otra pista. Natàlia no desistió y continuó sus búsquedas de forma sistemática. Cada semana tecleaba aquel nombre y esperaba un resultado positivo. Al cabo de dos meses fueron apareciendo nuevas entradas. Aquel autor empezaba a publicar sus relatos en revistas y periódicos diferentes, se estaban consolidando como uno de los más brillantes colaboradores literarios de la prensa norteamericana. Por eso, uno de los motivos principales de su viaje a Nueva York había sido conseguir fotocopiar todas las obras que pudiese de Petros, e intentar conseguir una dirección postal o electrónica para ponerse en contacto.

-Y ahora resulta que te tengo aquí delante y que es verdad que vives en una biblioteca, tal y como yo había imaginado.

Los dos jóvenes se quedaron mucho rato en la habitación de Petros, y hablaron mucho sobre literatura y bibliotecas y después se besaron e hicieron el amor sobre aquella cama de muelles y suplieron la inexperiencia –a pesar del asunto Sally, que no contaba porque no la había querido y por tanto nunca había hecho el amor con alguien a quien quería- con la pasión y la estima que se tenían el uno por el otro, autor y lectora, rodeados de libros, y fueron literatura en estado puro.

Natàlia Llopis volvió por la noche al hotel en el que estaba con sus padres y les explicó que había conocido a Petros y que quería alargar su estancia en la ciudad. No le pusieron pegas, sus padres nunca le habían visto brillar los ojos de aquella manera. Ella cambió la fecha de su vuelo y Natàlia se pasó aquel mes en Nueva York con Petros, a quien sacó de la biblioteca y le hizo descubrir la ciudad y sus museos y monumentos,



Central Park y también Broadway, y los musicales, y ambos lloraron y se emocionaron en los mismos pasajes de *El fantasma de l'òpera* y caminaron por las calles de la ciudad, disfrutaron de un partido de baloncesto de los Nicks y recorrieron la sede de muchas editoriales dejando los cuentos que ya había publicado Petros y otros inéditos. Natàlia se convirtió en su representante y una semana antes que acabasen las vacaciones, Petros firmó contrato con una editorial y recibió un avance de 250.000 dólares por su libro de cuentos.

Petros tomó entonces la decisión más difícil de su vida y decidió marcharse a vivir con Natàlia Llopis a Barcelona, una ciudad del todo desconocida donde podría trabajar y escribir de forma anónima, lo que siempre había querido. Pero antes ambos fueron hasta el pequeño pueblo de Montana y se despidieron de los padres del escritor.

Fue una visita fría, glacial. Un largo viaje en tren y autocar, una hora de charla con la madre y el padre y otro largo viaje en autocar y en tren hasta Nueva York. A Natàlia Llopis el pueblo de Montana no le desagradó especialmente. Era exactamente como lo había imaginado, un instituto, muchas casa bajas con tierras, un riachuelo, el cine al aire libre, la pista de baloncesto... incluso vieron a Sally paseando la criatura y con otra en camino. Definitivament, no perdía el tiempo aquella moza. Entraron en la cafetería y comieron el famoso pastel de cerezas americano que allí cocinaban de maravilla e incluso vieron un rodeo que ganó un antiguo amigo de infancia de Petros, el único tipo aficionado a la lectura que había en todo aquel pueblo.

Dos días antes de irse definitivamente de la ciudad la pareja invitó a cenar en el restaurante chino al señor Hernandez. Esta sí que fue una cena entrañable, con deseos de buena suerte por parte de todos y la promesa de ir a visitarlos a Barcelona. Quedaba un último trabajo por hacer, encontrar un ocupante digno para su habitación. No les costó demasiado descubrir a Michael O'Connor, un joven de veinte años a quien se veía pobre de solemnidad, en la sala de lectura, escribiendo febrilmente en su libreta con una pluma Waterman de segunda mano que había comprado en el rastro de Brooklyn, consciente que sin una buena pluma su carrera ni siquiera arrancararía. Hablaron con él y aquella misma noche, mientras Petros guardaba sus cosas en una maleta, Michale vaciaba otra con mucho agradecimiento. El día siguiente el avión se iba a las doce del mediodía, así que a primera hora Petros se fue, vació su taquilla de la estación central y se despidió para siempre de aquella vida furtiva.

Como es lógico, Natàlia Llopis no quiso estudiar nunca biblioteconomía y documentación porque ya lo sabía todo de aquel oficio, y por eso se decidió por la

filología. Trabajaba en la biblioteca y era la agente literaria de Petros, que hizo un giro radical en su narrativa, que de repente se llenó de luz, de color, de Mediterráneo, de vida.